

Carta inconclusa a Luis Corvalán

Santiago, 9 de diciembre de 2004

Estimado don Lucho:

Me leí su *Derrumbe* y lo felicito por el empeño de tomar el toro por las astas sobre calentito. Se Es entretenido, la pluma ligera, la documentación abundante. nota un libro escrito con sangre en el ojo al correr de la pluma. Me conmovieron la sincera mezcla de autocrítica tardía y consuelo optimista que destilan sus páginas y el tono picado de que están empapadas, al estilo del tradicional “los tenemos en el suelo”. El libro es desparejo y algunas de sus páginas parecen contradecir las precedentes, en una saludable tormenta de ideas.

En la Historia de la humanidad abundan las revoluciones derrotadas, mientras que las triunfantes siempre han sido seguidas por la restauración: restauración napoleónica en Francia, pinochetista en Chile, yeltsinista-putinista en Rusia... China y Vietnam avanzan (¿retroceden?) de cabeza al capitalismo y no dudo de que a Cuba y Corea del Norte les llegará impajaritiblemente su hora.

Aunque usted no llegue al tono de sabelotodo de Orlando Millas, me llamaron la atención en su libro las múltiples afirmaciones sobre lo que los dirigentes soviéticos y de los países socialistas “deberían” haber hecho. Su conclusión de que “el derrumbe del socialismo no tendría por qué haberse producido” (pág. 100) me sonó a *wishfull-thinking* retroactivo y en verdad pedante. Las “pruebas” en que se sustenta esta afirmación se caen al primer soplo, tal como se cayó el castillo de naipes en que se habían convertido la URSS y el barrio socialista.

Por la cúspide del “socialismo real” desfilaron en el siglo XX gigantes de perfiles muy variados: Lenin, Stalin, Mao, Kim-il-sung, Fidel Castro (que sigue entre nosotros) y permítaseme un toque de chovinismo... Salvador Allende. Fueron hombres sobresalientes: pusieron en marcha a sus pueblos y, con la excepción de nuestro Chicho, echaron los cimientos duraderos (¿duraderos?) de una sociedad nueva. Las fórmulas y los métodos de esas revoluciones fueron creativos y diversos (asalto al Palacio de Invierno, Gran Marcha, ataque al Cuartel Moncada, guerra en Vietnam, el voto en Chilito...), pero sin contar nuestra revolución con chicha y empanadas que duró lo que la lombriz en el pico del pavo, con los años todas perdieron la lozanía y cuando se acercaban al medio siglo de vida se hallaban convertidas en caricaturas de sí mismas.

Que Brezhnev, que Andropov, que Gorbachov, que Yeltsin, que Honecker... Por mucha pimienta que pueda tener, la *petite histoire* no cambia el hecho histórico fundamental: el socialismo se derrumbó cuando ni la CIA, ni el KGB, ni usted, ni yo lo esperábamos. Como “el acontecimiento más inesperado del siglo XX”, califica usted con mucho acierto el derrumbe (pág. 35). Ahí está el quid de la cuestión: el socialismo no fue derrotado. ¡Se derrumbó! Lo reconoce el título de su libro. Era una sociedad estatista y vertical, donde el entusiasmo inicial se había agotado y los pillos hacían su

agosto. Al primer intento de democratizarla –*glasnost, perestroika*– el socialismo se fue cortado. Fidel Castro se olió la cosa y apretó las clavijas utilizando una vez más la muerte con mano de maestro: fusiló a Ochoa & Co. y, hace poco, cuando Oswaldo Payá recolectó de acuerdo con la Constitución 11.000 firmas a favor de una reforma legal democrática, fusiló a tres pobres diablos y metió al chucho a 75 disidentes. Silencio en las filas.

El alegato final –iba a decir “diatriba” o “arenga”– de su libro, en el que desfilan en amalgama los “desencantados”, los “agentes del capitalismo”, “los que hicieron abandono del campo revolucionario”, los “paladines de la libre competencia”, “los que abandonan la teoría revolucionaria del marxismo” (págs. 146, 147), oponiéndoles “los núcleos más activos” que “se distinguen por su perseverancia en la lucha, por su indómita decisión de mantener en alto la idea del socialismo” (pág. 147) me suena como los gruñidos y puñetazos en el pecho de los maoríes que se dan ánimo al borde del campo de batalla. Distinguido don Lucho, distingamos. ¿Es infamante sostener que el derrumbe que usted describe era inevitable? ¿Afirmarlo significa ser partidario o agente de la sociedad capitalista de mercado, del “eterno dominio del sistema capitalista en todo el mundo”, para utilizar sus palabras?

En mi novela *Cadáver tuerto* un personaje dice que “éramos milenaristas, queríamos construir el paraíso en la tierra como rezaba nuestro himno de combate: *la tierra será el paraíso de toda la humanidad...*” En otra parte, refiriéndose a *Acullá*, un país imaginario que se parece mucho a la URSS, afirma que bajo la máscara del “hombre nuevo” asomaba su nariz “el hombre viejo de siempre”.

Ideas pendientes:

- Fé mística en socialismo
- Reconocer la universalidad del capitalismo no es desconocer sus terribles características
- Derechos humanos y libertades (y sociales)
- Ser crítico de la globalización. Coincidimos, pero esa lucha no es necesariamente por el socialismo
- Todos dieron el óleo bautismal al “hombre nuevo”.